



La agricultura no es relaciones públicas: por qué la seguridad alimentaria debe guiar la política agrícola

Posted on Febrero 15, 2026

(Nueva Delhi) En el discurso agrícola global, el éxito suele medirse por las cifras de exportación, la expansión del mercado y la competitividad comercial. Los titulares celebran hitos de exportación de miles de millones de dólares y el acceso a nuevos mercados internacionales. Sin embargo, una pregunta fundamental a menudo permanece sin respuesta: ¿las políticas agrícolas garantizan primero alimentos seguros, nutritivos y asequibles para las poblaciones locales, o se están configurando para proyectar fortaleza en los mercados globales a costa de la resiliencia interna?

Para países como India, la agricultura no es simplemente un sector económico. Es la base del sustento rural, empleando aproximadamente entre el 45 % y el 50 % de la fuerza laboral, y los pequeños agricultores y los agricultores marginales representan más del 85 % de las explotaciones. Cuando una proporción tan grande de la población depende de la agricultura para su supervivencia, los marcos políticos no pueden tratar la producción de alimentos únicamente como un producto comercializable. Anunciar un liderazgo global mientras los agricultores enfrentan vulnerabilidad económica corre el riesgo

de crear una desconexión entre las narrativas macroeconómicas y la realidad práctica.

Las crisis globales expusieron la fragilidad de las cadenas de suministro

Las recientes perturbaciones mundiales han puesto de relieve la rapidez con la que los sistemas alimentarios pueden volverse inestables cuando dependen excesivamente de los flujos comerciales internacionales.

La pandemia de COVID-19 reveló la fragilidad de las cadenas de suministro globales. Los confinamientos, la escasez de mano de obra, las restricciones de transporte y los cierres de puertos interrumpieron la distribución de alimentos en todo el mundo. Incluso las interrupciones a corto plazo dieron lugar a advertencias sobre el aumento de la inseguridad alimentaria durante 2020-21, lo que demuestra cómo las crisis localizadas pueden derivar en una escasez global. La lección clave fue inequívoca: cuando la logística internacional falla, los sistemas locales de producción, almacenamiento y distribución se convierten en la última línea de defensa contra el hambre.

El conflicto entre Rusia y Ucrania desestabilizó aún más los mercados mundiales de cereales y oleaginosas. Ante las interrupciones en la oferta de dos importantes exportadores de trigo, maíz y aceites vegetales, los precios se dispararon. Muchos países respondieron imponiendo restricciones a la exportación para proteger a los consumidores nacionales, lo que reforzó una realidad geopolítica persistente: las naciones priorizan la seguridad alimentaria interna sobre los compromisos de mercado durante las crisis.

Los marcos comerciales pueden fomentar la apertura en tiempos de estabilidad, pero las emergencias constantemente impulsan a los gobiernos a intervenir para proteger a sus poblaciones.

El aumento de la producción no elimina las vulnerabilidades estratégicas

La producción agrícola de la India ha alcanzado niveles récord en los últimos años, especialmente en cereales. Sin embargo, un aumento de la producción no se traduce automáticamente en seguridad alimentaria. La dependencia de productos básicos críticos introduce nuevos riesgos.

Los aceites comestibles son un ejemplo destacado. Una parte sustancial de la demanda interna se sigue satisfaciendo mediante importaciones, lo que genera facturas de importación multimillonarias cada año. Esta dependencia expone al país a la volatilidad de precios, las fluctuaciones monetarias y las incertidumbres geopolíticas. La vulnerabilidad estratégica no se define solo por la cantidad de alimentos que produce un país, sino también por su dependencia externa.

El caso de sistemas alimentarios locales fuertes

Por lo tanto, fortalecer los sistemas alimentarios locales no es una alternativa ideológica a la globalización: es una estrategia pragmática de gestión de riesgos.

Cuando la producción, el procesamiento y la distribución se realizan más cerca de los centros de consumo, surgen varios beneficios simultáneamente. Los alimentos conservan su frescura y valor nutricional. Las pérdidas poscosecha disminuyen gracias a cadenas de transporte más cortas. Los agricultores obtienen una mayor participación en el valor de las economías regionales. La planificación de cultivos se adapta mejor a las condiciones agroecológicas, conservando los recursos hídricos y del suelo. Y lo más importante, las comunidades conservan la capacidad de alimentarse durante las emergencias.

Las investigaciones realizadas en múltiples regiones sugieren que los sistemas alimentarios descentralizados mejoran el equilibrio económico, la estabilidad social y la sostenibilidad ambiental, al tiempo que aumentan la resiliencia ante las crisis.

Los acuerdos comerciales deben alinearse con las sensibilidades agrícolas

Los debates en curso sobre marcos comerciales integrales, ya sean bilaterales o multilaterales, ponen de relieve tanto las oportunidades como los riesgos. El comercio no es intrínsecamente perjudicial para la agricultura; puede facilitar la transferencia de tecnología, la diversificación de mercados y la formación de precios. Sin embargo, las asimetrías en los regímenes de subsidios y el apoyo a la producción entre países pueden exponer a los agricultores nacionales a la competencia desleal de importaciones altamente subsidiadas.

Al mismo tiempo, la consolidación de las industrias globales de semillas y agroquímicos ha generado una importante concentración del mercado. Con solo unas pocas empresas multinacionales controlando una gran parte de los insumos agrícolas, surgen preocupaciones sobre el poder de fijación de precios, el acceso a las variedades y la soberanía alimentaria a largo plazo. La dependencia excesiva de cadenas de suministro concentradas puede convertirse en una desventaja estratégica, especialmente durante las perturbaciones globales.

La convergencia de los shocks pandémicos, los conflictos geopolíticos, las restricciones a las exportaciones y la concentración del mercado subraya la necesidad de reevaluar la forma en que la política comercial se relaciona con los sistemas alimentarios nacionales.

Política de reequilibrio: el comercio como medio, no como fin

El objetivo no es retirarse de los mercados globales, sino garantizar que el comercio complemente, en lugar de comprometer, la seguridad alimentaria y de los medios de vida nacionales. El comercio agrícola debe calibrarse para salvaguardar la nutrición, la sostenibilidad de los recursos y la viabilidad de los

agricultores antes de buscar la expansión de las exportaciones.

Esto requiere integrar las consideraciones de seguridad alimentaria en una estrategia nacional más amplia, situándolas junto con la energía y la defensa en la planificación a largo plazo. Las métricas de evaluación de políticas deben ir más allá de los volúmenes de producción e incluir resultados nutricionales, eficiencia en el uso del agua e indicadores de resiliencia.

La inversión en cadenas de frío descentralizadas, infraestructura de procesamiento local, reformas de mercado y Organizaciones de Productores Agrícolas (OPA) puede fortalecer la participación en la cadena de valor, a la vez que mejora la flexibilidad del suministro. La investigación y la financiación de legumbres y aceites comestibles en modo misión pueden ayudar a reducir la dependencia estructural de las importaciones. De igual manera, se debe priorizar la mejora de semillas, la intensificación del uso eficiente del agua y las tecnologías de valor añadido para aumentar la productividad sin afectar el medio ambiente.

Los sistemas de compras públicas, incluidos los programas de distribución de alimentos y los planes de nutrición, pueden respaldar aún más el abastecimiento localizado, reforzando tanto los ingresos de los agricultores como la diversidad dietética.

Una visión estratégica del futuro de la agricultura

El mensaje central es claro. Desvincularse completamente del comercio global no es práctico ni deseable. Sin embargo, el comercio solo genera beneficios significativos cuando refuerza, en lugar de debilitar, la capacidad de una nación para alimentar a su población y mantener los medios de vida rurales.

Los responsables políticos, los investigadores y la sociedad civil deben determinar colectivamente qué cultivos, a qué escala y para qué mercados son apropiados, garantizando así la plena satisfacción de las necesidades internas antes de la expansión externa. Invertir este orden, priorizando los mercados sobre el sustento humano, corre el riesgo de sacrificar la resiliencia a largo plazo por ganancias económicas a corto plazo.

Por lo tanto, la agricultura debe entenderse no sólo como un motor de exportación, sino como un pilar fundamental de la estabilidad nacional, que vincula los alimentos, los medios de vida, el medio ambiente y la soberanía en un único continuo estratégico.